

HOMENAJE A “LA CHINA” MENDOZA

Fruta madura de ida

María Luisa Mendoza

En este número de Casa del Tiempo celebramos a la gran escritora y periodista, María Luisa “La China” Mendoza, quien tanto ha contribuido con su pluma prodigiosa a las letras y a la cultura mexicanas. Por gestión de nuestra asidua colaboradora, Patricia Rosas Lopátegui, tenemos la oportunidad de reproducir un cuento de su reciente libro, Ojos de papel volando (Editorial Porrúa, 2009), así como se rescata un texto de otra grande de las letras mexicanas: Elena Poniatowska (debidamente autorizado por ella para su reproducción en nuestras páginas) publicado en 1976, que versa sobre la obra de “La China”.

“próvida de los miembros despensera...”

Cuando llegaron las frutas acunadas en el canasto como niños a los que hubiera de dárselos un Moisés a cada uno, la tarde era oscura y recogida por la lluvia; esa penumbra hizo que el obsequio fuera más suntuoso aún, pues en las pieles suaves o bruscas, tersas o corrugadas, las gotas se desparramaban brillando las texturas, sacándoles espejos, fastuoso el líquido en centímetros depositados en los pozuelos, en las encajaduras, escurriendo en los tallos vírgenes, en las hojas de naranjos, en las ramas de pino, en las mejillas de las manzanas. Parecía una fuente hortelana, un paraíso terrenal inapreciable, inesperado, asombroso; costaba trabajo creer que fueran verdaderas las bolas, los cilindros, los conos, los mil trapecios grises del chirimoyo, la extensión satinada del plátano, la mandarina viajera con puntos negros, el rasposo húmedo mamey franciscano, los racimos de uvas vidriadas como anuncio vitivinícola, los desmesurados dientes careados de las nueces vestidas con suaves cáscaras o garapiñadas de adentro: cerebritos; la broma pesada de los capulines acharolados de laca, ojos de india; los duraznos velludos, nalgonas las peras, los lomos de cocodrilo de las piñas.

Emergió del sueño para encontrarse con la puesta en escena, la ópera china y frutal que la vieja criada sostenía en los brazos con la indiferencia que usó en desgastar los arrullos en esa niña; Enedina, carcomida por años de pelo ralo, amontonada de experiencias en el rostro paciente florecido de risas sin significado; apenas podía con el peso de la belleza de mimbre y aromas; se diría que tanta redondez eran matrices cortadas, pulpas sexuales, afaladas riquezas para lamerse, comerse mejor: deleites olvidados para sentarse sobre el pasto en grupo joven riendo a bocanadas de alegría bajo la temblona opacidad del árbol como paraguas.

—Mira lo que te trajeron... a saber de quién... allí está el nombre del interfecto que manda las mercedes.

Ella irguió medio cuerpo de la cama y un buche de aguacero adolescente, de cueva, de dintel, de resquicio, la hizo sentir viva; su sangre, aventada por el corazón con la misma tromba de antes, recorrió a gritos su vientre, piernas, brazos, cabeza, y retornó al puño colorado para escapar de nuevo en la condena del circuito inacabable, del ir y venir en manda millones de veces adentro de la piel, entubaba por las arterias, hasta que fuese parada en seco el día suyo del juicio suyo final.

—Nana...

—Niña... Ándale, mira qué tejocotes, como los de la casa de tu abuela, qué tamañas toronjas de las que ya no hay ¿te exprimo una? ¿te la parto para que la chupes? ¿o quieres mejor membrillo con sal y chilito?

Entre la verdura y la insolencia de colores recién fregados, arrancó el sobre con la tarjeta adentro del remitente. El cuarto se había iluminado con la entrada de esa espectacularidad, era la cima de muchos arbotantes de la alameda entre los brazos de Enedina; su vejez desaparecía para arribar triunfal la juventud de la trenza gorda colgando a la espalda, los angelicales cachetes chapeteados, los ojotes riosos apestañados, la blancura de los dientes. Nana y niña en el cerro cortando garambullos de los órganos altos, fresitas negras encajadas en las espinas; chiles rojísimos de las biznagas; las pitahayas redondas de arpillera que al abrirlas son puros fuegos anaranjados, el dulzor; las tunas cárdenas, verdes, que doblaban la nopalera; las flores de la calabaza en guías, guirnaldas; las de Santa María casi nubes, las “cincollagas”, estrellas amarillas entre los peñascos; los mezquites que eran ejotes gigantes con inmensos chícharos edulcorados. Echadas en la piedra pelona del picacho, mero arriba de La Bufa, nana y niña comían sus tesoros, le daban mordidotas a las jícamas que la mujer grande al amanecer desenterraba para llevarlas fresquitas y jugosas a la cumbre del paseo y que la mujer chica fuera feliz.

La tarjeta de caroncillo duro sonaba al pellizcarle la esquina como cartílago, refulgente en la oquedad del anochecer, resaltó el nombre de varón importante, recordador a sus horas de antiguas querellas de amor. Hombre y mujer luchando en el cuarto caliente de sol, horno salado y pegoteoso, hendido de vez en vez por aires de brisas, cintas de yodo y herrajes oxidados. El mar meciéndose azul marino y cortando en dos la ventana de hojas abiertas de par en par: arriba agua oscura de tinta, abajo arena dorada, en la corona la grisura opaca del cielo a mediodía que puja por conservar la mañana y sufre el bochorno de la edad madura. Cuando más agujera el paisaje el alfiler de una lancha que ruge obscena jalando espuma, o la sábana apañolada del barco de vela en el verano, los salobres gritos cóncavos de gaviotas y extraños pajarracos papadientos; adentro la alcoba es un pecho y dos senos, un par de vientres jóvenes, los sexos apareados en la perfección inicial, lúbrica, de vetas olorosas a sótanos limpios, a pozos enlamados, a vasos de barro: es el gemido de ella en el amor que responde las preguntas infantiles, las de la azotea, el internado, los ejercicios de encierro, detrás de los confesionarios en lugar del rezo: “¿cómo será?, ¿dolerá?, ¿se podrá hablar y respirar?”... Dos

piernas y dos piernas; las palabras claves que abren mares rojos para que los ejércitos trigarantes del 16 de septiembre los atraviesen. Después fuman y se dicen nimiedades; desde cuándo se amaron, a quiénes antes los besos; tararean canciones fútiles con la invocación del cuarteto de cuerda, comentan películas, se examinan con la minuciosidad debida, se tocan, se descubren, están satisfechos, son jóvenes y novedosos. Nuevos. Están contestados.

—Hoy cenaré un racimo de uvas, mañana desayuno cerezas, para la comida sandía, meriendo nísperos; el lunes mangos, el martes melones, el miércoles granadas y así, nana, el cuento de nunca acabar, y cuando se acabe... ¿qué te parece si nos morimos?

—Al fin que ya ni hay pa' qué vivir, ni paseo ni feria, ni cruz ni diablo...” vamos al baile y verás qué bonito...” ¿te acuerdas? ahoy ya ni el pial les tiras a los señores ¿yo? ¡uy! ¡con qué ganas me echaba al plato unos cuantos todavía, si tú fuera!, pero en fin, te dejo el presente, niña, a ver qué piensas. Y diciendo y haciendo coloca atentamente la fruta al pie de la cama.

—Vamos a morirnos ya, nana.

Él se acordó. Supo al fin que fue el principio, que afuera no hay nada, que la fruta es lo único anual uniendo nuestra historia, que su mirada no me es más que pelona desde la pantalla de la televisión, parpadeante si la prendo, muerta como pescado si la apago; que es su triunfo de a mentiras, como el sol de los actos desde los que concede titubeantes entrevistas calcadas iguales, idiotas, luces que ni huelen ni se tientan. Que somos, comprendió, cadáveres con cuerda, pagando separados las mañanas de cocos partidos a la orilla del mar; que éste, al fin, es el fin.

—A darle, nanita, dame lo que más trabajo y coraje te dé; te invito a pelarnos juntas; casquemos las nueces, abre un chico zapote y ahora sí podemos tirar las semillas al aire sin que nadie nos regañe.

Para el arribo al sitio decretado hay que pasar por estaciones irrevocables, el boleto tiene escrito el destino, nadie puede abandonar el tren que te lleva sobre la vía. El amor y el desamor se entrelazan, se luyen; cuando te aventaste a la política con la misma decisión para saltar las olas más altas sabiendo que ibas a poder, yo estuve contigo a tu lado, detrás, sin bostezos en la hartadura, delirante de asoleo en mítines y concentraciones, cocinera multiplicadora de panes el día de la elección. Fui la parte severa y confiable de ti y los demás te creyeron porque yo era la bien escogida. Es imposible contar los durmientes bajo las vías del

ferrocarril, vas sobre ellos solamente, acompañada del ritmo y la monotonía; te gastas usando el amor, me usaste; fui desplazada en los apremios de tu vida por glorias futuras, poderes ansiados, mandos y compromisos, la patria bajo la chamarra de cuero, la nación retumbando en el timbre del despertador, la bandera en lo alto en la madrugada del compromiso; todo antes que tú mismo y que yo, naturalmente, mis días calmos de trapos cosidos, papeles escritos, libros y música, mi vida regando las plantas del jardín y bendiciendo a los pájaros y a las arañas, a los perros y las mariposas; la afabilidad de las estancias para hablar, soñar, escuchar; la serpentina del sol apoderándose de los muebles arrinconados, los pasillos en el agasajo; la medida del pan casero, las servilletas almidonadas, la comida recetada por bisabuelas de rancho y tiempo. El significado perdido en la trifulca de la corneta y el discurso, en los apremios varios de mujeres que hay que satisfacer “porque alguien tiene que hacerlo”.

Ser mujer es doble carga, duele la entrega y el desprendimiento dos veces. Común nuestro estar en el matrimonio, simple, normal, acorde y sucinto. Solamente faltaron los hijos, y por eso no puedo hablarte volátil, sutil, porque soy una piedra que pesa y es abandonada. Mis contingencias no tienen mayor importancia que un buen guisado a los cepillos inmaculados sobre el tocador.

Después se ha de vivir el temor. Es como sacarlo de los baúles o darse de buenas a primeras con él bajo la ropa blanca en algún cajón. Un día aparece maligno y poderoso el miedo subiendo con las medias, ensartado en el brasier; o baja en el triángulo de la regadera matinal donde sollozas; al depilarte las cejas. La viejura ensayando el escape del marido detrás de globos inaugurales, caderas móviles, lenguas color de rosa. La amenaza en el cuarto que atardece, en el espejo, allá detrás: la sombra, la amenaza; en el llamado por teléfono de una voz de metal que corta la comunicación al escuchar lo deseado y al hacerlo te hace sentir la presencia de la que posee, es propietaria. Porque mientras tú vives desgastándote en el espejo en la necia fidelidad que procuras ejercer, porque las mujeres de tu sangre así te lo enseñaron siglo y siglo, en castellano, pequeñas burguesas vírgenes y casadas y mártires y monjas, él derrocha las acciones y los verbos que le diste, que le inventaste en la cama y dibujas intolerablemente lúcida e iluminada un rostro desprolijo de mujer, un cuerpo de curva joven, un cabello que se balancea, un ser doblando bajo el peso de tu marido; las manos de él suben, bajan, y está la pareja, ya es y gritas y golpeas el espejo para que todo se vaya, gritas, gritas...

Es el juego de las equivocaciones. Te silencias adrede, te afliges ciega, disputas por tontas causas vana, síntomas del cáncer; fricciones de pagos y deberes, de citas y compromisos; guerra sin cuartel por decidir a qué restaurante ir, a qué país viajar. Tu fantasma de niña. Duermes mal, despiertas helada, tensa, construyes tu propio infierno, la amargura de ser mujer, la carencia de fuerzas para también rozar al paso al hombre ajeno, buscarle la piel, el campo español de surcos sin yerbas, irónico y soledoso, irte detrás de quien te enseña el número de la llave de su cuarto, en el elevador, junto a su gente, perentorio del lobby al piso catorce. Se te volvió imposible subir tu rostro con el cuello de los amarres, buscar la boca del lobo, aquel grito jubiloso dentro del mar: las parejas recién casadas y el intercambio inimaginado, tú, ella, él, entretejiéndose en el cuarteto de la amistad. Decentes para siempre jamás con él, tu marido tuyo, que no te ve desde la ventana de la televisión preguntarte qué vas a hacer sola, cómo seguir viviendo, de qué modo el teatro, el aeropuerto, la cama, su fama, su gloria, la estulticia triunfante de sus mujeres, el tedio dominical. Ya no el desvestirse urgentemente lamidos por la lumbre de la chimenea, ésa de tu cuarto que nadie enciende porque tizna. Tú bajo de él: capullo, mar cántaro. Soportar la restauración diaria de tu cara iluminándola para ocultar la matrícula de los años. Quitarte la ropa desde el auto, las blancuras en la escalera, la puerta, correr desnuda a las cobijas, tiendas de campaña, al grito compartido, el que emite sobre el sofá de cuero oficinesco y gubernamental con la muchacha secretaria, habilitada periodista, la que escribe del gran Señor... el que promete sembrar la tierra, erigir escuelas, el estadio, el palenque, el toreo atroz de arena redonda. Se retuercen, mastuerzos; tu hombre tuyo y el fantasma joven de carne, sin sol ni idioma ni viento ni la gaviota que se coló esa tarde marina para estrellarse—estrella—en el espejo. El luminoso día se la tragó en el vidrio reflector; la sangre embarrada en la luna; montoncito de blancura y rojo.

—Comeremos todos juntos, matarili; una, dos, las frutas envenenadas con gotas que la inyección penetra, pica, deja; el arsénico de las novelas, nana. El parloteo gangoso, el parpadeo de foco que se enciende y se apaga ya va a dejarnos en paz. Vamos al huerto; así dicen nuestros boletos de ida. Sin vuelta. Nunca la tuvieron.

Como la fruta madura: nos caemos del árbol. •

MARIA LUIS “LA CHINA” MENDOZA. Escritora, periodista y cuentista mexicana. Correo electrónico: marialuisachinamendoza@yahoo.es